



Sobrevivencia Indígena en Quintana Roo¹

Martín Ramos Díaz

Universidad de Quintana Roo, México

Resumen: Lejos de ser un grupo homogéneo, los mayas de Quintana Roo se distribuyeron en un abanico de aldeas cuya posición geográfica influyó en su beligerancia o sumisión frente al Estado mexicano. Muestra de las tirantes relaciones entre las distintas comunidades indígenas de la frontera México-Belice es la fragmentación en la que se les encontró a principio de siglo, poco después de que las tropas de Porfirio Díaz pacificaran la región. Los distintos caminos y épocas que los mayas de Quintana Roo eligieron para negociar con el gobierno mexicano son una muestra de sobrevivencia indígena en tiempos de guerra. El siguiente artículo, de corte histórico, explora esta faceta poco conocida de la vida de los mayas de la frontera Caribe de México.

Palabras clave: Mayas de Quintana Roo, Estado mexicano, sobrevivencia indígena, frontera Caribe de México.

Abstract: Far from being an homogeneous group, The Mayas from Quintana Roo distributed in a diversity of villages which geographical situation influenced their belligerent or their submission towards the Mexican state. The differences found in these Mayan villages early this century, soon after Porfirio Diaz troops pacified the region, reflected the hard relationship among the diverse indigenous towns. The various ways and stages that Mayan indigenous elected to negotiate with the Mexican government are a demonstration of indigenous survival in war times. The following article explores this unknown period in the life of Mayan indigenous from the Mexican Caribbean.

Key words: The Mayas from Quintana Roo, Mexican state, indigenous survival, indigenous from the Mexican Caribbean

Introducción

Arrinconados en la frontera Caribe de México, soldados e indígenas mayas combatieron en lo que fue la campaña militar más costosa para el país a fines del siglo XIX. La cantidad de tropa, armamento y equipo desplazado por los confines de México con

¹ Este artículo forma parte de una investigación más extensa que será publicada en forma de libro por la Fundación Oasis y la Universidad de Quintana Roo en junio de 2001. El libro llevará por título *Niños mayas, educadores criollos. Orígenes de la instrucción pública en Quintana Roo*.

Belice, por el mar Caribe y por las villas de Yucatán que lindaban con la región de los mayas rebeldes, fueron proporcionales al deseo de Porfirio Díaz de sofocar una rebelión que para entonces ya había durado medio siglo. Los pueblos fundados, el trazo de caminos y la apertura de brechas, los muelles construidos, las pocas vías de ferrocarril que se tendieron y el intento por repoblar un trópico de canícula interminable y de enfermedades mortales, dieron vida al territorio Quintana Roo, un hijo del porfiriato en una región habitada secularmente por mayas en rebeldía.

En los parajes más inaccesibles de la cerrada selva maya, transitada sólo por los indígenas beligerantes y sus perseguidores, se fundó a mediados del siglo XIX *Noh Cah Santa Cruz Balam Nah*, el cuartel general de los indígenas y el destino final de toda incursión militar que buscaba someterlos. Cuando el sitio fue tomado por las tropas porfiristas al mando del general Bravo, el siglo XX apenas iniciaba. *Noh Cah Santa Cruz Balam Nah*, el cuartel general de los adoradores de la cruz parlante, el último bastión de la resistencia maya decimonónica, debió parecer al general Bravo no sólo un nombre exótico, sino también demasiado extenso para aquel reducido grupo de casas abandonadas en medio de la selva. El autoelogio y la brevedad se impusieron; el lugar pasó a llamarse Santa Cruz de Bravo, más tarde capital del Territorio Quintana Roo y en la actualidad ciudad Felipe Carrillo Puerto.

Los emplazamientos indígenas

Los mayas de Santa Cruz de Bravo, los de Icaiché en la frontera de México con Belice, y los de Muyil en la proximidad de Tulum, constituían algo más que empobrecidas aldeas indígenas emplazadas en distintos puntos geográficos de una despoblada región de México, a lo largo de la porción oriental de la península de Yucatán. Eran también percepciones distintas de la militarización del Territorio de Quintana Roo y la encarnación de añejas rivalidades entre los desperdigados mayas de la frontera México-Belice.

La campaña porfirista contra los indígenas rebeldes, como las emprendidas en los cincuenta años previos, ya por el gobierno de la República, ya por las tropas peninsulares, marchó hacia la región central del actual estado de Quintana Roo, hacia Santa Cruz y sus alrededores, al cuartel que protegía la beligerante vida de las aldeas mayas rebeldes. De Icaiché poco se preocuparon las huestes

porfiristas, los indios de esa aldea no combatieron contra las tropas mexicanas. Los mayas pacíficos del sur, como se les conoció, tomaron un camino distinto de resistencia; o si se prefiere, no tuvieron más remedio que seguir un proceso de aniquilamiento diferente al del resto de la región maya de Quintana Roo. Eso parece sugerir la ambigüedad hacia el ejército porfirista que percibió el general De la Vega en Icaiché en 1903; en eso se puede traducir la indiferencia y el alcoholismo en que los encontró sumidos el cura Palau en 1913. Probablemente el abandono de su aldea en los años treinta, según lo reportó el maestro rural adscrito a Botes, el poblado del río Hondo a donde llegaron los últimos sobrevivientes de Icaiché, tenga mayor conexión con un largo proceso de descomposición interna que con los ataques de los mayas de Santa Cruz, a quienes durante décadas habían resistido.

En sus informes iniciales, el general Vega reportó a sus superiores cierta ambigüedad entre los mayas de Icaiché. En realidad se trataba de una actitud de desconfianza hacia las tropas porfiristas que en la batalla no distinguieron entre mayas rebeldes de Santa Cruz y mayas pacíficos de Icaiché. Con todo, Icaiché fue la única aldea maya en la que el general Vega pudo establecer una escuela en 1903, poco después de que se decretara el fin de campaña contra los mayas rebeldes. El material escolar, con cuadernos de trabajo, métodos de lectura, pizarrones y hasta manuales de geografía ¡del distrito Federal!, lo recibió el secretario del general Tamay, jefe de la aldea².

El primer jefe político del Territorio de Quintana Roo recomendó a sus superiores ser cauto con Tamay y mantenerlo como aliado, esto se traducía en el hecho de dar mayor margen de libertad a esa aldea para que se organizara internamente; significaba también nombrar a Tamay como autoridad municipal.

Una década después, un sacerdote católico que ocasionalmente recorría la intrincada selva de Quintana Roo, Francisco Palau, bautizando niños y casando parejas amancebadas, pasó por Icaiché y recogió un cuadro desconsolador. Los mayas de la aldea habían abandonado sus milpas y descuidado sus corrales de aves. Ni granos, ni

² AGN, ramo Gobernación, Informe administrativo rendido a la Secretaría de Gobernación por el jefe político general José María de la Vega, 30 de noviembre de 1903, anexo 33, caja 767.

gallinas, ni cerdos se podían conseguir fácilmente ahí. Más aún, la mayor parte del tiempo que los indígenas permanecían en la aldea se dedicaban a beber "anisado", un alcohol de maíz revuelto con agua y esencias que terminaba por matar a los adultos. Atraídos por los altos salarios de la recolección de chicle, los mayas de Icaiché se abandonaron a la búsqueda de la valiosa resina y a la alegría del alcohol. Palau registró los detalles. Los quince días de perpetua embriaguez que duraron las fiestas de mayo en Icaiche le parecieron excesivos, también los 120 garrafones de "anisado" que se bebieron y el precio llamaron su atención. Era también notorio el número de muertos que Palau registró. El sacerdote comprobó que la escuela, un amplio local construido probablemente por órdenes de Vega, diez años antes, estaba abandonada³. Era el año de 1913 y la naciente actividad de extracción del chicle comenzaba a afianzarse en las selvas de Quintana Roo. Aunque el mayor esplendor de la explotación de la resina sería en la década de los veinte, la transformación que Palau encontró en Icaiché era parecida a la que después se repetió a lo largo de la región indígena cuando la bonanza chiclera alcanzó todo la geografía boscosa de la península de Yucatán.

Finalmente Icaiche fue abandonada por los indígenas. El inspector escolar, José S. Villa, anotó en sus registros de 1933 que los mayas que quedaban de Icaiche se habían ido a vivir a Botes, un campamento maderero de la ribera del Río Hondo.

En Kantulnilkín, otra aldea pacífica maya en el extremo norte de Quintana Roo, los indígenas se integraron sin dificultad a la naciente economía chiclera. La cercanía con las tierras otorgadas en concesión a la hacienda "El Cuyo", administradas por el Banco de Londres y México, los mantuvo empleados desde que el chicle fue el nuevo producto forestal extraído en el territorio federal. Las escuelas también se establecieron con facilidad. Distante de Santa Cruz, en dirección a Yalahau, la aldea de Kantulnilkín apareció en el mapa quintanarroense como un asentamiento indígena pacífico, sólo que del norte. Su lejanía con Santa Cruz y su tardía aparición en la proximidad de "El Cuyo", la

³ La entrevista con el padre Francisco Palau sobre su encuentro con los indígenas de Icaiché apareció en un periódico regional de aquellos años, *La Revista de Yucatán*, se llamaba, y los datos recogidos por Palau aparecieron en la primera plana de la edición del sábado 30 de agosto de 1913, pp.1-2.

eximió del escarmiento que los rebeldes de Santa Cruz infringieron a los de Icaiché y a los de Muyil. Receptivos y con mayor grado de sumisión a las autoridades locales, los mayas de Kantulnilkín fueron el Icaiché del norte, pero a diferencia de aquellos, los de Kantulnilkín han logrado sobrevivir hasta nuestros días.

Las negociaciones de los indígenas de Muyil

En San Antonio Muyil, cerca del mar Caribe, la periódica renuencia de los mayas de ese pueblo para involucrase en la guerra también los distanció con los indígenas de Santa Cruz. Sin embargo, su proximidad con Santa Cruz les dejaba poco margen de decisión. Su más notorio intento de sujetarse a la jurisdicción del Estado Mexicano en este siglo fue en 1912, cuando entablaron comunicación, a través de dos pescadores de Cozumel, con el general Egía Liz, gobernador del Territorio de Quintana Roo.

Este es el relato de la negociaciones entre los de Muyil y el gobierno de Quintana Roo que se puede reconstruir con las notas periodísticas de la época y el escaso material de archivo que se conserva de la gestión de Egía Liz al frente del Territorio de Quintana Roo⁴:

José Mercedes Tinal y su hijo Tomás Tinal pescaban en punta Chachalal, un lugar de la costa continental entre Tulum y Playa del Carmen, en abril de 1912. Los Tinal, pescadores de Cozumel que solían lanzar sus redes en aquellos parajes, vieron en la playa una escolta de ocho individuos que les hacían señas. Conocedores de la región, desconfiaban de los mayas que merodeaban los bordes marítimos de Vigía Chico hasta Puerto Morelos. Sabían que los indígenas habían asesinado o tomado como prisioneros a varios incautos que se acercaban a sus playas.

Días después, en el mismo lugar, volvieron a ver a los mismos hombres. Los Tinal ya no ignoraron los insistentes llamados, se acercaron a la orilla y como precaución solicitaron a los indígenas que dejaran las armas y que se aproximaran sin machetes ni escopetas. A prudente distancia, los mayas depositaron las armas. Los Tinal se confiaron, pero no del todo; después de intercambiar saludos a una distancia más corta, los pescadores de Cozumel propusieron a los indígenas que dos

⁴ El relato que sigue se puede encontrar en Martín Ramos, *Cozumel. Vida porteña, 1920*, México, Uqroo, Conacyt, 1999, 106-114 pp.

de ellos subieran a la embarcación, navegarían a un islote cercano y allá conversarían.

En el islote de Chachalal conversaron amigablemente. Los indígenas eran de San Antonio Muyil, a cinco jornadas tierra adentro; inquirieron sobre productos que deseaban comprar y los Tinal respondieron que para comerciar con ellos necesitaban pedir permiso a las autoridades de Cozumel. De todos modos, como cortesía los pescadores les obsequiaron la sal que traían para conservar carnada y alimentos.

Un mes después, tal como lo acordaron la primera vez, se repitió el encuentro. Once indígenas esperaron a los Tinal en punta Chachalal; cinco de ellos abordaron la embarcación de los pescadores y se fueron al islote. Los indígenas mencionaron la posibilidad de entrar en relaciones amistosas con el gobierno. Dijeron a los Tinal que estaban dispuestos a someterse si a cambio les respetaban su libertad y no los hacían víctimas de la injusticia. Esta vez los Tinal traían suficiente sal, un artículo muy necesitado por los indígenas. Un capitán en el primer encuentro, luego un comandante en el segundo, parecía insuficiente como para hablar de tratados de pacificación; quizá por eso los Tinal preguntaron por el general de los indígenas, o quizá fue sólo por preguntar algo. El caso es que los indígenas asintieron y sin dar el nombre del general, su jefe, se limitaron a decir que se hallaba en San Antonio Muyil.

El tercer encuentro se frustró. Los Tinal no pudieron acudir al siguiente mes porque el mal tiempo se los impidió. Navegaron días después de la fecha fijada y para su sorpresa encontraron en Chachalal a los indígenas, estaban esperándolos. Esta vez con los mayas vino el patrón de la Cruz de esa aldea, un sargento y dos cabos. Los de Muyil reiteraron a los Tinal que tenían la voluntad de someterse. Los Tinal dijeron que querían hablar con el jefe, con el general de San Antonio Muyil. Los rebeldes prometieron que el general iría la próxima vez, en el encuentro del mes siguiente.

En agosto de 1912, el general Fermín Cab, jefe de la aldea de San Antonio Muyil, acudió a Chachalal. Llevaba 100 hombres armados y la decisión de negociar con el gobierno. En el islote, Cab y su estado

mayor expresó a los Tinal que si se respetaba su libertad y se le aseguraba la posesión de las tierras de su aldea, estaban dispuestos a someterse con su gente⁵.

Cinco días después, los Tinal avisaron al presidente municipal de Cozumel y al poco tiempo el general Rafael Egía Liz, gobernador del Territorio, se puso al frente de las negociaciones.

En septiembre de 1912, la fragata "Corregidora" pasó a Cozumel por varios isleños que acompañaron al general Egía Liz a una entrevista con los indios de Muyil. A bordo de embarcación, Egía recibió a los Tinal y a Patricio Rivero, quien fungiría como intérprete. Adicionalmente, el general Liz invitó a otros isleños que se sumaron al grupo: el comerciante Oscar Coldwell, el inspector escolar Francisco G. Torres, el presidente del ayuntamiento José Martín, el fotógrafo Federico Alcérreca, el cura Francisco Palau y el reportero de la *Revista Peninsular*. Todos partieron a Chachalal, incluyendo a Gregorio Vázquez y el maya Domingo Dzib, prisioneros que residían en la isla. La "Corregidora", el barco de la marina mexicana, estaba al mando del oficial Santiago Santana y la tripulación la integraban marinos y mozos de cocina, estos últimos eran varios zapatistas que estaban recluidos en el Territorio. Con el general Egía Liz venían otros militares: el mayor médico Gonzalo Pérez Castillo, el joven teniente Pascual J. León, secretario particular de Egía Liz, un teniente de apellido Barón y el señor Felipe Peniche a quien se le invitó también como intérprete.

A bordo llevaba varios obsequios para los indígenas de Chemuyil: telas, machetes y un rifle para el general Cab entre otras cosas. Durante la travesía varios chubascos los sorprendieron y el temor de que se desatara el mal tiempo estuvo presente durante toda la travesía. Llegaron por un lugar conocido como Punta Inah y dos horas después, costearo rumbo al sur, llegaron a Chachalal. Anclada a prudente distancia, la "Corregidora" lanzó un bote al agua, en el que desembarcó el general Egía Liz y parte de los invitados. La amenaza del mal tiempo persistía y el mar borrascoso se hacía peligroso en aquella costa surcada por escarpadas rocas. El pequeño bote tuvo que hacer dos viajes para desembarcar a la totalidad de los invitados. En tierra

⁵ Los datos sobre estos primeros encuentros fueron publicados en un periódico regional llamado *Revista Peninsular*, noviembre 8, 1912, p. 5.

siguieron por la orilla de una playa rocallosa, 500 metros de caminata los condujo a una brecha que los guiaba al interior de la selva; allí, bajo la persistente llovizna vespertina, encontraron al grupo de indios de Chemuyil. Las chozas daban la impresión de haber sido construidas con premura y los 56 indios que estaban con el general Cab presentaban un aspecto deplorable. Cab vestía una chamarra de cotí y calzón ancho de manta. Sentado en una pequeña hamaca de hilo, se ponía de pie para corresponder al saludo de cada uno de los visitantes. Egía Liz se sentó en la proximidad de Cab. Con papel y lápiz en la mano y ayudado por Patricio Rivero inició el interrogatorio en lengua maya. Los circundaban todos los indios y entre ellos estaban los maestros que también hacían preguntas sobre tal o cual cosa. Temerosos al principio, complacientes poco a poco y contentos al final, los indígenas pronto estaban dispuestos a visitar Cozumel. Dos horas duró la entrevista y al final las mantas y estribillos, el cotí y las fajas, los sombreros y tijeras, los peines y pañuelos, todo aquello que Egía Liz repartió entre los de Chemuyil, fue sinceramente agradecido⁶.

A su regreso a Cozumel, la "Corregidora" llevaba 22 nuevos pasajeros para el puerto de San Miguel; eran los mayas de Chemuyil a los que el general Cab les había autorizado visitar la isla de Cozumel en compañía del general Liz.

La súbita remoción del general Rafael Egía Liz en el cargo de gobernador del Territorio de Quintana Roo interrumpió parcialmente los acercamientos con los indígenas de Muiyil. El nuevo jefe político del Territorio, Alfredo Cámara Vales, al hacerse cargo de los asuntos de la región tenía otras prioridades, según se desprende de la entrevista que otorgó a un periodista de Yucatán:

- ¿Podría usted decirnos si es verdad que piensa trasladar la capital de Santa Cruz de Bravo a otro lado?
- Efectivamente; esos son mis deseos, de acuerdo con el Supremo Gobierno, pues todos los empleados federales y civiles se quejan del clima que es muy malsano en Santa Cruz.
- ¿Podría usted decirnos en qué lugar piensa poner la capital?

⁶ Véase detalles en la prensa de estos años, especialmente en la *Revista Peninsular*, 28 de septiembre de 1912, p. 6.

- Mis deseos son que sea en este puerto de Cozumel, por lo sano que es, por lo alegre y por que aquí hay vida propia: máxime que ya se trata en estos momentos de poner un cable de Puerto Morelos aquí (San Miguel de Cozumel), a reserva de la radiotelegrafía que ya está presupuestada y que el gobierno tiene hoy en estudio.
- ¿Nos podría decir que otros proyectos tiene?
- Sí señor, uno de los que más me preocupan es la terminación del ferrocarril a Peto, y pienso concluirlo lo más pronto posible para el fácil movimiento comercial, así como la pronta pacificación de los mayas.
- ¿Cree usted en la pronta pacificación de los mayas?
- No lo dudo, pero desearía hablar con los Tinal, padre e hijo, de quienes se dice que a ellos se debe la presentación de los de San Antonio Muyil y sé que aquí en Cozumel radican ellos, y hoy mismo pienso hablarles sobre este particular⁷.

Egía Liz fue destituido del cargo de gobernador del Territorio, no de jefe de la guarnición militar. A su regreso de la ciudad de México, Egía retomó las conversaciones con los indígenas. Al parecer el presidente Madero le había autorizado dar concesiones a los mayas para la explotación de maderas y resinas. Los planes de Egía incluían entablar pláticas con los indígenas del pueblo de Tulum, Santa Cruz Chico y Pom. Para los Tinal también arribó con una sorpresa: "trajo un valioso obsequio en efectivo (500 pesos) para los señores José Mercedes Tinal e hijo"⁸.

La muerte del general Fermín Cab y el ascenso de Pablo Pat como nuevo jefe de los indígenas de San Antonio Muyil fue otro suceso que interrumpió la inicial relación con el gobierno. Tomás Tinal, por encargo de Egía Liz, se internó hasta San Antonio Muyil, allá se reunió con unos 200 indios; les hicieron saber que el general Fermín Cab había fallecido el 27 de enero de 1913. Una viuda, cuatro niños y una última recomendación hecha en su lecho de muerte de que su aldea continuara con las pláticas de pacificación, fue lo que Cab dejó. Por

⁷ La entrevista apareció publicada en la *Revista Peninsular*, edición del 28 de noviembre de 1912, p. 6.

⁸ *Revista Peninsular*, 18 de diciembre de 1912, p. 6.

primera vez Tomás Tinal entraba hasta San Antonio Muyil. Guiado por Juan Montero, el cozumeleño, se tardó 24 horas de Chachalal a la aldea. Dos cosas adicionales le hicieron saber a Tinal, que los de Muyil estaban dispuestos a cumplir la última recomendación del general Cab acerca de continuar el acercamiento con el general Egía Liz y que Ponciano Pablo Pat, un prestigiado jefe indígena entre los de Muyil, ocuparía el lugar del general Cab⁹.

Al poco tiempo, Rafael Egía Liz llevó a Chachalal varios artículos que los de Muyil pidieron a través de Tinal. Los indígenas manifestaron nuevamente su deseo de mantener buenas relaciones con el gobierno federal y local. Pidieron que se estableciera un destacamento militar en el mismo pueblo de San Antonio, pues tenían el temor de que los de Tulum o Santa Cruz los atacaran por las relaciones que habían establecido con Egía. Informaron que las pláticas de paz con aldeas como Tulum y Santa Cruz Chico habían fracasado debido a que corrieron falsas noticias, al parecer procedentes de Kantulnilkin, encaminadas a despertar la desconfianza de estas aldeas con respecto a las intenciones del gobierno.

Egía mantuvo la esperanza de poder lograr la pacificación en aquella área al norte de Santa Cruz de Bravo. El hecho de que los indígenas de Chun Ox se hubieran presentado espontáneamente a la administración de la Compañía del Banco de Londres y México, en las ruinas de Santa María, para trabajar en las chiclerías, "habiendo obtenido ya su primera raya de 400 pesos", le hacía suponer que poco a poco la pacificación en aquella zona se iría materializando.

A Egía Liz, los de Muyil le solicitaron, con la misma insistencia que el destacamento militar, la apertura de una amplia brecha que comunicara a San Antonio Muyil con la costa¹⁰.

Para arreglar detalles sobre estas peticiones, Egía Liz y Pat debían reunirse el 6 de marzo en Chachalal. Previamente al lugar llegaron los Tinal acompañados de otros indígenas que vivían en la colonia San Martín de Cozumel, Manuel Uc, Juan Montero y José Montero. Estos últimos iban con la intención de platicar con Pat para que les diera

⁹ *La Revista de Yucatán*, viernes 7 de febrero de 1913, p. 5.

¹⁰ *La Revista de Yucatán*, martes 25 de febrero de 1913, p. 3.

permiso de labrar la tierra en las cercanías de Chachalal. Un día antes llegó Pat a la playa escoltado por 30 hombres. A su regreso de Chachalal, los Tinal trajeron a Isidoro y Crecencio Cem, dos indígenas de San Antonio Muyil que pidieron a Pat los dejara conocer Cozumel; el mismo jefe Pat estuvo a punto de embarcarse para ir a la isla. A su arribo a San Miguel, los dos indígenas de San Antonio Muyil fueron recibidos y atendidos por el inspector de escuelas, Francisco Torres, y por el presidente del ayuntamiento, Primo Aguilar¹¹. Meses después el propio general Pat sería objeto de estas atenciones y su presencia en la isla poco a poco se haría familiar.

En septiembre de 1913, en la canoa "Esperanza", procedente de Puerto Morelos, arribó Pablo Pat a Cozumel. El jefe maya había hecho parte de su viaje por tierra, de su aldea a Puerto Morelos en tres días, caminando por la playa. En Puerto Morelos el administrador de la compañía chiclera de ese lugar lo trató con cortesía; sin embargo, Pat resentía la caída que sufrió al volcarse la plataforma en que lo paseaban. Acompañado de su hijo Manuel y su cuñado Eugenio Canché, Pat permaneció en el puerto hasta que pidió ser conducido al continente, a Chachalal. El intermediario Tomás Tinal y el policía Adrián Caamal se encargaron de llevarlo. Aquella ocasión, el reportero de la *Revista de Yucatán* escribió:

*El consabido general Pat fue invitado hace tiempo por el Ministro de Gobernación a dar un paseo a México y todavía no olvida la invitación, diciendo que tiene deseos de tratar personalmente con el presidente Huerta todo lo que concierne a la pacificación maya*¹².

En 1919, el jefe de la aldea de Chumpom, recordando los tratos de la gente de Chemuyil con Egía Liz, pero sobre todo la reciente sumisión de Francisco May a las disposiciones gubernamentales, tomaron prisioneros a los de la aldea de Chemuyil. Los acusaron de ser los culpables de que el general May, el jefe de Santa Cruz, cediera ante el gobierno y que hubiera acudido a la capital del país para entrevistarse con el presidente de México. En realidad, detrás del ataque a los de Muyil se escondía una disputa por las concesiones de chicle y,

¹¹ *La Revista de Yucatán*, viernes 14 de marzo de 1913, p. 6.

¹² *La Revista de Yucatán*, martes 30 de septiembre de 1913, p. 5.

ciertamente, viejas rencillas originadas en los intentos de negociación con las distintas administraciones del gobierno mexicano.

Chichanhá y su pasado

En el siglo XIX no sólo Icaiché sino también Chichanhá, una aldea cercana a Bacalar, firmó tratados de paz con el gobierno mexicano (1853). Chemuyil con menor suerte también buscó una salida pacífica con el gobierno desde fines del siglo XIX. Si en el siglo anterior llegó a Chichanhá un aristócrata yucateco que convenció a los jefes indígenas de viajar a México para entrevistarse con el emperador Maximiliano, a Tulum arribó otro aristócrata, culto y quizá loco, que llegó para convencer a los de Muiyil de dos cosas que ningún peninsular cuerdo hubiera hecho en esa época: anunciarles la llegada del mesías, Jesús, y convencerlos de entrar en tratos con el gobierno de Yucatán cuando la Guerra de Castas parecía languidecer. El primero se llamó José María Arredondo, quien con el permiso del delegado imperial en Yucatán, se internó sin armas hasta Chichanhá en 1865 para llevar a dos cabecillas indígenas frente al emperador Maximiliano y mostrar que esos indígenas eran aliados del imperio mexicano de los Hasburgo. Logró su objetivo, pero queda la duda de los argumentos bajo los que convenció a los indígenas de viajar a la ciudad de México y sobre la fidelidad de la traducción que hizo en el diálogo de los mayas con Maximiliano en el castillo de Chapultepec. En todo caso, a su regreso a Chichanhá fue destrozado a machetazos por los indígenas de la aldea. El segundo se llamó José Peón Contreras y su aventura ocurrió en 1887 en la proximidad de Tulum. Con el único permiso de su propia voluntad, Juan Peón Contreras se internó en territorio indígena desembarcando en Tulum. A punto de morir como Arredondo, bajo el machete indígena, comenzó una elocuente arenga en maya que conjuró su inminente muerte. Los indígenas guardaron sus machetes y escucharon aquel hombre que con un báculo y una cruz, en plena playa de Tulum, les anunciaba el regreso de Dios. Él mismo se había trastocado, ya no eran Juan Peón Contreras Elizalde, miembro de una de las familias más conocidas de Mérida y sobrino de una de las hijas del mismísimo Benito Juárez. Era, en su delirio, Juan Bautista, el anunciador de Cristo. Un cristo que por cierto era de Honduras, que se apellidaba Rosales y que anduvo predicando por las ciudades de la península de Yucatán en donde conoció y convenció a Contreras Elizalde. Con esa convicción, Contreras Elizalde penetró en una de las

comunidades vedadas a cualquiera que no fuera indígena, trabajó algún tiempo con los mayas de Muyil y probablemente hubiera conseguido acercar a esa aldea con el gobierno. Sin embargo, a pesar de que no tuvo un fin como Arredondo, sus últimos días los pasó en Barcelona, al lado de una de sus hermanas convertida en monja que lo cuidó hasta su muerte.

Conclusión

Icaiché y Chichanhá en el sur, Kantulnilkín en el norte y Chemuyil en el centro, eran por distinto motivo aldeas en disputa para los rebeldes de Santa Cruz y para las tropas de Díaz. Para los mayas sublevados las aldeas de pacíficos y las comunidades que por su cuenta quisieron negociar con la autoridad, representaban su vulnerabilidad y la pérdida de eventuales refugios durante los asedios de la tropa. Para la milicia de Porfirio Díaz, las aldeas pacíficas eran aliados valiosos para aislar a los rebeldes de Santa Cruz. Finalmente Icaiché y Chichanhá estaban en la ruta de la pólvora y los víveres provenientes de la colonia inglesa, los mismos que habían permitido tan largo aliento a la Guerra de Castas (1847-1904). Chemuyil era una salida al mar Caribe y Kantulnilkin lo más próximo, después de la destrucción de Tihosuco, a la frontera de las ciudades criollas de la península. Esto es del modelo de repoblamiento y civilización al que Bravo y Vega aspiraron para el naciente Quintana Roo.

ramoss@correo.uqroo.mx

Recepción: 30 de agosto del 2000

Aceptación: 25 de octubre del 2000

Archivos consultados:

AGN, Archivo General de la Nación (México, D.F.)

Fondo Gobernación

Fondo Aduanas

Fondo Obregón-Calles

Fondo Dirección General del Gobierno

AHMM, Archivo Histórico Militar de México, Secretaría de la Defensa Nacional

Fondo Cancelados

Fondo Guerra de castas

AHSEP, Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública

Martín Ramos Díaz, "Sobrevivencia Indígena en Quintana Roo",
Convergencia N° 23, 2000, ISSN 1405-1435, UAEM, Toluca, México.

Fondo Quintana Roo

Fondo Inspecciones federales

Periódicos regionales consultados:

Diario de Yucatán, Mérida, Yucatán, 1925-1926

La Razón del Pueblo, Mérida, Yucatán, 1892

La Revista de Mérida, Mérida, Yucatán, 1895

La Revista Peninsular, Mérida, Yucatán, 1912

La Revista de Yucatán, Mérida, Yucatán, 1913, 1914, 1919-1925